

ESTAMPAS BERCIANAS

PONFERRADA Y SU CASTILLO TEMPLARIO

(HISTORIA Y LEYENDAS)

Por Joaquín de Sotto y Montes

nm 8940

*"No me llames gallega,
que soy berciana;
cuatro leguas p'arriba
de Ponferrada"*

(Antigua canción popular del Bierzo)

Es, sin duda, el castillo templario de Ponferrada el monumento poliorcético más importante y representativo de la leonesa comarca del Bierzo. Su valor en pasados siglos no tan sólo fue castrense sino político y cultural, ya que además de servir, durante el Medievo, de acuartelamiento de la poderosa Orden Militar del Temple, también constituyó cenobio de aquellos soldados-monjes y palacio residencial de los personajes de la Orden.

La región del Bierzo se asienta sobre una gran depresión geológica escondida y protegida por las altas montañas de León, astures y de Galicia, constituyendo, pues, un verdadero enclave destinado a recibir y absorber la influencia, con mayor o menor intensidad, de las tres culturas citadas, aunque, sin duda, la morfología berciana dificulta con más intensidad toda relación proveniente del Principado de Asturias, facilitando por contra las corrientes socioeconómicas de la verde Galicia. Es de recordar que el conocido camino "Francés o de Santiago", tan concurrido desde la Edad Media, atraviesa el Bierzo pagando como "portazgo" algunas riquezas sociales y culturales. Igualmente debe hacerse memoria de que, precisamente, una de las misiones de aquella antañona Caballería Templaria consistía en cubrir dicho itinerario compostelano para proteger el tránsito de peregrinos siempre expuesto al asalto de bandidos y otros hampones. En síntesis, la limitología berciana puede definirse como un amplio anfiteatro bordeado por montañas asturianas bifurcadas en dos cadenas: la del Este, formada por el puerto de Rabanal y Foncebadón; la del Oeste, por las elevaciones de Cebrero y sierra de Aguiar; en el Sur y sirviendo de base de dicho accidentado triángulo limitador del Bierzo, las barreras montañosas de Cabrera, Sanabria y Segundera. Así resulta, que la comarca berciana se asienta sobre un profundo valle triangular, semejante al lecho de un lago y un tanto aislado del mundo exterior. ¡Una especie de paraíso para aquellos que pretendan orientarse hacia la vida contemplativa en busca de su alma! Tal vez lo pensó así San Fructuoso que inició su vida como una "especie de pastor del Rey del Bierzo" para acabar transformándose en "pastor de los hombres" y fundador del monasterio de *Complutus* en las inmediaciones del paso de Rabanal. La fama de sus virtudes atrajo múltiples peregrinaciones en años anteriores a la invasión de los árabes del siglo VIII. A finales de la centuria IX, San Genadio, recogiendo a los fieles bercianos de su época, los alojó en varios monasterios y volvió a dar impulso a la Fe en el Crucificado, suceso de gran interés por tratarse de tiempos en los que los adictos al Coram dominaban por doquier. Para algunos historiadores el Bierzo del siglo VII constituía una Tebaida del norte hispano bajo la dirección espiritual de los santos Fructuoso y Valerio.

La capital de la comarca que se viene comentando, en otros tiempos, fue conocida bajo el nombre de *Interammium* (entre ríos: el Sil y el Boeza) *Flavium*; más tarde, en años medievales, su denominación cambió por la de *Ponferrada* en recuerdo del puente de hierro construido sobre el Sil, en el siglo XI por orden del obispo Osmundo, para reforzar o sustituir al antiguo paso romano. En

la actualidad dicho antiguo puente no constituye el único punto de cruce de las aguas del Sil. Las vicisitudes de los años pasados y las necesidades socioeconómicas del Bierzo han ido transformando la fortaleza templaria en una moderna villa que vive y trabaja a tono con las posibilidades que le ofrecen las normas contemporáneas. El emperador romano Flavio Vespasiano, que honró a la antigua población (*Interamnium Flavium*) con su apellido, así como Ptolomeo que tan bellas páginas dedicó a la ciudad y a Hispania en general, quedarían asombrados si pudieran contemplar el actual desarrollo de su antiguo castro militar legionario.

Como la historia de la villa, al menos la de pasadas centurias, se halla íntimamente vinculada a la de su castillo templario, resulta difícil silenciar las vicisitudes de tal monumento poliorcético y las de algunas leyendas que, naturalmente, gozan de menor rigor histórico, aunque se vienen manteniendo a través de múltiples generaciones bercianas.

El castillo de Ponferrada posiblemente ha sido el mejor de los levantados en el antiguo reino de León. Su vida, como construcción militar, se origina con la presencia en el Bierzo de la poderosa Orden Militar del Temple, esto es, se inicia en el año 1218 en el que el rey Fernando III el Santo (1217-1252) autoriza a los caballeros de tal Orden a que se instalen en su reino y guarnezcan y protejan la región berciana un tanto amenazada ante el continuo paso de peregrinos a Compostela. La fortaleza se yergue orgullosa en la parte occidental de la villa de Ponferrada, a unos 60 metros de altura sobre el nivel de las aguas del Sil el cual sirve como foso defensivo natural e importante del referido baluarte poliorcético. La forma de su conjunto es irregular, con numerosos torreones y un gran cubo amurallado que sirve de cobijo a la *Torre del Homenaje* que, en pasadas épocas fue utilizada como prisión.

Cuentan las crónicas que cuando los caballeros templarios pensaron construir la fortaleza, exigieron para ésta las siguientes misiones: de castillo castrense, de centro o cenobio monacal y de palacio-residencia. En función de tales servidumbres levantaron dos cercas y otras tantas rondas (alta y baja) almenadas y reforzadas, a su vez, por una poderosa línea de matacanes. La gran plaza de armas, de forma trapezoidal, debía contener en su interior un gran pozo para asegurar el abastecimiento de agua a la guarnición del fuerte. Para completar la acción defensiva de la plaza se aprovecharon las antiguas murallas que circundaban la villa de norte a sur, defensas que las modernas necesidades han ido haciendo desaparecer en beneficio del ensanche de la ciudad.

Esta ancestral fortaleza aunque actualmente ha perdido su valor castrense continúa ofreciendo un indudable interés histórico como monumento militar y arquitectónico de pasados tiempos. Así, en una obra de venerable antigüedad y solvencia, la titulada "Recuerdos y bellezas de España", se puede leer: "El verdadero monumento de Ponferrada es el castillo que, situado en su extremo occidental señorea el arrabal y la deliciosa vega del Sil con su ameno valle fecundado por el río. Toda la doble o triple cerca de sus muros se destaca circuida de almenas; todos sus torreones, cuadrados o redondos, llevan corona de modillones; por todos sus lienzos corren líneas de matacanes; su primera entrada con puente sobre el foso, y la segunda en mayores dimensiones, ambas ofrecen un cerco semi-circular y dos cubos para su defensa".

"Añádenle un encanto indescriptible el rojizo color de los sillares, los festones de parásitas yerbas, y hasta el pintoresco desorden de las ruinas, recordando con tristeza a sus infelices dueños los sueños misteriosos esculpidos sobre una de las puertas interiores y la bíblica inscripción que revela en ellos una seguridad no justificada por el éxito: "DOMINUS MIHI CUSTOS ET EGO DISPERDAN INIMICOS MEOS".





El Castillo de Fonferrada según un grabado de Parcerisa.

En el año 1180 en que reinaba en León Fernando II (1157-1188), el recuerdo de un acontecimiento histórico se acentúa para aquellos que gusten deleitarse con la historia berciana. En tal año, el monarca leonés, para agradecer el entusiasta recibimiento que le hicieron las gentes del Bierzo y ante el miserable estado de abandono y pobreza de los alojamientos y murallas de la villa, que años antes habían sido casi arrasadas por las armas musulmanas del agareno invasor, ordenó reconstruir y repoblar la localidad, ensanchar su primitivo recinto y anexionar a la población los por entonces arrabales de Puebla y Otero; todo ello a cargo de las arcas reales.

Pasan los años y en 1286 en el que gobierna Castilla y León Sancho IV el Bravo (1284-1295), agitados días turban la villa y las conspiraciones de su nobleza se suceden ante el poco entusiasmo que provocaba la privanza del autoritario conde de Haro. Después de no pocas, algunas violentas, reclamaciones elevadas al monarca, éste se ve obligado a citar en asamblea en Toro a los malhumorados *ricos-homes* bercianos que acuden a la cita bien amparados por potente escuadrón de "lanzas fornidas" dado su temor a ser sorprendidos y arrestados. Como la razón les asiste, el autoritario conde pierde autoridad y las huestes ponferradinas, apaciguadas, se reintegran satisfechas a sus hogares.

El año 1486 es fecha significativa no sólo para las gentes de Ponferrada, sino, también, para la historia de España en general, dado que en el suceso que seguidamente narraremos brilla con luz propia el prestigio de la Corona en la época de los Reyes Católicos y el ferviente anhelo de nuestros antepasados de mantener nuestra Patria unida sin el menor vestigio de emancipación o ruptura ocasional o interesada de algunos alocados o ambiciosos españoles. En tal año, el inquieto conde de Lemos, descontento en sus ambiciones, se levanta en armas y seguidamente entra y ocupa el castillo de Ponferrada expulsando de éste a su guarnición de tropas realengas. Apenas recibió el rey Fernando dicha noticia, pese a encontrarse pacificando la región andaluza, se pone en relación con la reina Isabel para acudir ambos a la comarca leonesa sublevada presentándose rápidamente ante la plaza de Ponferrada tan sólo acompañado por reducida escolta, ya que su fuerza de persuasión no pretendía apoyarla con las armas sino en el prestigio de la Corona y en el amor de sus súbditos. Ante la presencia real, el conde de Lemos se rinde y, arrodillado ante sus monarcas, confiesa su error y pide ser perdonado. El rey accede ante tal súplica, si bien como escarmiento le retira el mando de algunas localidades bercianas. Un cronista de la época al relatar este hecho escribió: "Sólo le penó al conde de Lemos en quitalle aquel pueblo y algunos otros que quedaron para la Corona Real". La clemencia del trono y la benevolencia ante el levantisco conde de Haro parece que no produjo los saludables efectos que eran de esperar, ya que veinte años después de tal suceso las crónicas nos informan que el referido noble volvió a caer en iguales errores, expugnando por segunda vez el castillo berciano haciéndose merecedor de una nueva sanción regia.

Si de la Crónica con adecuado rigor histórico nos pasamos a la Leyenda, a todas luces de menor solvencia pese a su popularidad entre las gentes, hemos de mencionar un hecho sin duda romántico pero a su vez nublado y ensombrecido por sus sangrientas consecuencias; acontecimiento digno del teatro calderoniano aunque ocurrido en un siglo bastante anterior al de tal autor. Cuenta la leyenda que en el reino de León, allá por el año 1125, esto es, durante el reinado de Doña Urraca y su hijo Alfonso (1109-1126), una joven de la familia de los Argüelles mantenía un dulce y no consentido amor con el joven caballero templario de la casa de los Otenza que se hallaba de guarnición en el castillo de Ponferrada. Ambas familias se odiaban, viniendo su enemistad de muchos años atrás. El padre de la joven sale de cacería a los montes de Asturias por lo que, debidamente alertado el templario, acude a León para adorar a su amada. Ocurre entonces que Doña Aldonza —así se llamaba la enamorada— y su adorado son sorprendidos por el Señor de Argüelles. Brillan los aceros y durante el duelo no tan sólo sucumben los dos contrincantes sino, igualmente, por un azar de la fortuna es también mortalmente herida Aldonza. Tres cadáveres son el precio de tal

aventura amorosa medieval y alto pago por la terquedad de los hombres que aventan el amor con los odios de familia.

Esta desgraciada leyenda, cuyo rigor histórico dejamos al buen criterio del lector, no cabe duda que tiene cierto grado de verosimilitud y arraigo en el Bierzo, al extremo de que es recogida en un ingenuo romance por un conocido tratadista del pasado siglo, L. Rela, en la obra "Castillos y Tradiciones Feudales de la Península Ibérica". Año 1874. La poesía, dice así:

"Mientras que llego a sus pies,
dile ¡Oh Sol! dile a mi Laura,
que tan pura cual su seno
es la luz de mi esperanza.
Que a tan inmenso cariño
es imposible que valgan,
del destino los decretos,
del mundo las asechanzas.
Corre, vuela, bayo mío,
a la mansión de mi amada;
no a respirar te detengas,
ríos y montes traspasa..."

Tal es el recuerdo de los infaustos amores del caballero del Temple, D. Alvaro de Otenza y la doncella leonesa Dña. Aldonza de Argüelles, que vivieron y se amaron en el año 1125, reinando en León Doña Urraca y su hijo menor Alfonso I de Aragón.